

LA POESÍA DE C. P. CAVAFIS

E. M. Forster y G. Valassopoulo
Traducción de Pablo Ingberg

*Este artículo (publicado en **The Athenaeum**, N° 4643, London, April 25, 1919) significó la introducción de Cavafis al público inglés. Luego, en 1922, Forster incluiría el último poema traducido aquí en su **Alexandria: A History and a Guide**. La tercera aparición de Cavafis en inglés sería una traducción de "Itaca" hecha por Valassopoulo, el otro autor de este artículo, en **The Criterion** (la revista de T. S. Eliot), Vol. II, N° 8, London, July 1924. Los poemas y fragmentos de poemas están traducidos directamente a partir de la edición bilingüe de Miguel Castillo Didier, **Kavafis íntegro**, Universidad de Chile, Santiago, 1991.*

La Alejandría moderna no es precisamente una ciudad del alma. Fundada sobre algodón con la concurrencia de cebollas y huevos, mal construida, mal planificada, mal drenada: muchas críticas pueden hacerse, y la mayoría las hacen sus propios habitantes. Sin embargo a algunos de ellos, mientras recorren las calles, una deliciosa experiencia puede ocurrirles. Oyen su propio nombre pronunciado en voz alta con acentos firmes aunque pensativos: acentos que parecen no tanto aguardar una respuesta como rendir homenaje al hecho de la individualidad. Se dan vuelta y ven a un caballero griego con sombrero de paja, de pie, absolutamente inmóvil en un leve ángulo respecto al universo. Sus brazos extendidos, posiblemente. ¡Oh, Cavafis...! Sí, es el Sr. Cavafis, y está yendo o de su departamento a la oficina, o de su oficina al departamento. Si lo primero, se desvanece una vez visto, con un leve gesto de desesperación. Si lo segundo, puede ser convencido para que inicie una frase: una frase inmensa y complicada aunque bien construida, llena de paréntesis que nunca se mezclan y de reservas que reservan de verdad; una frase que se desliza con lógica hacia su fin previsto, pero hacia un fin que es siempre más vívido y conmovedor de lo que uno preveía. A veces la frase termina en la calle, a veces el tránsito la asesina, a veces dura hasta el departamento. Trata del astuto comportamiento del emperador Alexio Comneno en 1096, o de las aceitunas, sus perspectivas y precio, o de las suertes de los amigos, o George Eliot, o los dialectos del interior de Asia Menor. Es pronunciada con igual facilidad en griego, inglés o francés. Y a pesar de la riqueza intelectual y visión humana que muestra, a pesar de la madurada comprensión de los juicios, uno siente que también ella, la frase, está ubicada en un leve ángulo respecto al universo: es la frase de un poeta.

Un griego que desea componer poesía tiene un problema especial, entre su lengua escrita y la hablada se abre un golfo. Hay un argot "literario" artificial, amado por maestros de escuela y periodistas, que ha procurado revivir la tradición clásica, y cuyo único éxito consiste en ser pesado. Y está el habla de la gente, que varía de un lugar a otro, y está atiborrada en todas partes de construcciones y palabras no helénicas. ¿Puede esta lengua ser usada en poesía y en prosa culta? La generación más joven cree que se puede. Una sociedad (*Néa Zoé*) se inició en Alejandría para alentar esto, y hay una admirable publicación literaria trimestral (*Grámmata*) que escandaliza a los aburridos, no sólo con sus artículos sino con su vocabulario: usa expresiones que uno podría oír realmente en un comercio. Movimientos similares nacen y mueren a

través de todo el Levante, desde Esmirna y Chipre hasta Janina, dando testimonio del celo de una raza que, sola entre los pueblos del Mediterráneo oriental, parece poseer sentido literario y desear que las palabras estén vivas. Cavafis es uno de los héroes de este movimiento, aunque no uno de sus extremistas. Ecléctico por naturaleza, ve que una teoría nueva podría ser tan estéril como la vieja, y que la última palabra debe tenerla la incomunicable prueba del gusto. Sus propios poemas están en demótico, pero en un demótico moderado.

Son todos poemas breves, sin rima, de modo que hay cierta esperanza de transmitirlos a través de una versión. Revelan un mundo bellissimo y curioso. Surge a partir del mundo de la experiencia, pero no es experiencia, porque, según él mismo señala a menudo, el poeta es más incapaz aún que la mayoría de la gente para ver con corrección:

*Deténgame yo aquí. Y también contemple un poco la naturaleza.
Del mar de la mañana y del cielo sin nubes
un espléndido azul, y una playa dorada: todo
hermoso y plenamente iluminado.*

*Deténgame yo aquí. Y parézcame que veo todo esto
(lo vi en verdad un instante recién al detenerme)
y no también aquí mis fantasías,
mis recuerdos, visiones de la voluptuosidad.*

Es el mundo interior. Y puesto que el poeta no tiene la esperanza de escapar de ese mundo, debería a toda costa ordenarlo y regirlo razonablemente. "Mi mente es un reino para mí", cantaba el isabelino, y así es el de Cavafis; pero el suyo es un reino real, no uno convencional, en el que puede haber motines y guerra. En "La ciudad", esboza la tragedia de un mal gobernante, que espera dejar el caos detrás de sí y "construir otra ciudad mejor que ésta". ¡Inútil!

*La ciudad te seguirá. Por estas mismas calles
vagarás. Y en los mismos vecindarios te harás viejo
y en esta misma casa habrás de encanecer.
... Hacia otra parte -no esperes-
no hay barco para ti, ni habrá camino.
Así como arruinaste aquí tu vida,
en este pequeñísimo rincón, en toda la tierra la destruiste.*

Y en "Itaca" esboza otra tragedia, más noble: la de un hombre que se esfuerza con orgullo, y al final se encuentra con que la meta no ha valido el esfuerzo. Ese hombre no debería lamentarse. No ha fracasado en realidad.

*Itaca te dio el bello viaje.
Sin ella no te hubieras lanzado al camino.
Otras cosas no tiene para darte.*

*Y si la encuentras pobre, no te ha engañado Itaca.
Llegaste a ser tan sabio, tan lleno de experiencia
que ya habrás comprendido qué cosa significan las Itacas.*

Estos fragmentos ilustran una de las disposiciones de Cavafis: intensamente subjetiva; paisaje, ciudades y leyendas, todo vuelve a emerger en términos mentales. Hay otra disposición, en la cual se aparta de su asunto, y con la imparcialidad de un artista lo cincela hasta darle forma. El historiador pasa al frente ahora, y es interesante notar cuán diferente es esa historia de la de un inglés. Incluso evoca una Grecia diferente. Atenas y Esparta, con las que hemos sido tan vapuleados en la escuela, son para él dos pequeños estados esclavos y pendencieros, efímeros frente a los reinos helenísticos que les siguieron, de igual modo que éstos

son efímeros frente al secular imperio de Constantinopla. Cavafis reacciona contra la tiranía del clasicismo: Pericles y Aspasia y Temístocles y todos esos pelmazos. Alejandría, su ciudad natal, surgió justo cuando la Grecia que se estudia en la escuela decaía; reyes, emperadores, patriarcas han pisado el suelo entre su casa y su departamento; su ancestro literario -si tiene alguno- es Calímaco, y sus poemas llevan títulos como "El desagrado del Seléucida", "En el mes de Atir", "Manuel Comneno", y están introducidos por citas de Filóstrato o Luciano.

Pueden citarse completos dos de esos poemas para ilustrar su método. En el primero adopta el estilo preciso, casi afectado, de una crónica para construir su efecto. Se llama "Reyes alejandrinos", y trata de un episodio durante el reinado de Cleopatra y Antonio.

*Están reunidos los alejandrinos
para ver a los hijos de Cleopatra,
Cesarión y sus hermanos más pequeños,
Alejandro y Ptolomeo, a quienes por primera
vez sacaban al Gimnasio
para ser proclamados allí reyes,
en medio de un brillante despliegue de soldados.*

*Alejandro: lo nombraron como rey
de Armenia, de Media, y de los partos.
Ptolomeo: lo nombraron como rey
de Cilicia, de Siria, y de Fenicia.
Estaba Cesarión de pie más adelante,
ataviado de seda del color de las rosas,
un ramo de jacintos en su pecho,
su cinto doble hilera de zafiro y amatistas,
atadas sus sandalias con cintillos
blancos recamados de perlas color rosa.
A éste lo nombraron con rango superior a los pequeños,
a éste lo nombraron Rey de Reyes.*

*Por cierto que entendían los alejandrinos
que todo era palabras y teatro.
Pero el día era cálido y poético,
el cielo un azul claro,
el Gimnasio alejandrino
una triunfal hazaña del arte,
el lujo de la corte esplendoroso,
Cesarión todo gracia y belleza
(hijo de Cleopatra, sangre de Lagidas)
y los alejandrinos corrían ya a la fiesta,
y entusiastas aclamaban
en griego, y en egipcio, y algunos en hebreo
encantados con el bello espectáculo;
aunque en verdad sabían cuánto valía eso,
qué palabras vacías eran esos reinos.*

Un poema como éste posee, aun en traducción, un aire "distinguido". Es el trabajo de un artista que no está interesado en la belleza fácil. En el segundo ejemplo, aunque su asunto es patético, Cavafis se mantiene igualmente distante. Los versos están cortados en hemistiquios. Deletrea el epitafio de un muchacho de dieciséis¹ que murió en el mes de Atir, el noviembre del antiguo Egipto, y quisiera transmitir la oscuridad, lo incisivo, que a veces surgen juntos desde el pasado, entrelazados en un único fantasma:

*Descifro con esfuerzo sobre la piedra antigua.
 "Se[ño]r Jesucristo". Un "Al[m]a" distingo.
 "En el mes de Atir Leuci[o] se d[ur]mió".
 En la mención de la edad "Vivió... años",
 el Kapa Zeta muestra que se ha dormido joven.
 En la parte más dañada veo "A é[l]... alejandrino".
 Luego siguen tres líneas ya muy mutiladas;
 pero algunas palabras puedo leer: quizá "nuestras l[á]grimas", "dolor",
 después de nuevo "lágrimas", y "en [no]sotros los [a]migos aflicción".
 Me parece que Leucio ha sido muy amado.
 En el mes de Atir Leucio se durmió.²*

Un escritor así jamás puede ser popular. Vuela al mismo tiempo demasiado despacio y demasiado alto. Subjetivo u objetivo, es igualmente remoto del bullicio del momento, nunca compondrá un Himno Venizelista³. Tiene la fuerza (y por supuesto las limitaciones) del recluso, que, a pesar de no tener miedo al mundo, se ubica siempre en un leve ángulo con respecto a aquél, y, conversando, algunas veces ha dedicado una frase a este tema. ¿Qué es mejor, el mundo o el retiro? Cavafis, que ha intentado ambas cosas, no puede decirlo. Pero hay algo seguro: o la vida supone coraje, o deja de ser vida.

Abandona el dios a Antonio

*Cuando de pronto, a medianoche, se oiga
 pasar una comparsa invisible
 con música exquisita, con voces:
 tu suerte que declina ya, tus obras
 fracasadas, los planes de tu vida
 que resultaron todos ilusiones, no lamentos en vano.
 Como listo desde antes, como un hombre valiente,
 despídete de ella, de Alejandría que huye.
 Sobre todo no te engañes, no digas todo ha sido
 un sueño, que tu oído fue el errado:
 a vanas esperanzas como éstas no descendas.
 Como listo desde antes, como un hombre valiente,
 como te cabe a ti que fuiste digno de ciudad semejante,
 acércate resuelto a la ventana,
 con emoción escucha, pero no
 con ruegos y lamentos de cobarde,
 como último placer esos sonidos,
 exquisitos instrumentos del místico cortejo,
 y despídete de ella, la Alejandría que pierdes.*

NOTAS DEL TRADUCTOR

1. Error de los autores: las letras *kapa zeta* (v. 5 del poema que sigue a continuación) representaban, en el sistema numeral de los antiguos griegos, el número veintisiete y no el dieciséis.
2. Los corchetes en el poema imitan la forma de edición de inscripciones antiguas cuando el texto presenta zonas que no alcanzan a leerse: las letras encerradas entre ellos son agregados del editor para subsanar conjeturalmente esas lagunas.
3. Referencia a Eleuterio Venizelo (1864-1936), político griego, jefe del gobierno a la fecha de este artículo.